CAPÍTULO XXII. *Donde se dan las causas por qué en sus principios estos chichimecas no habitaron casas y se ranchearon en cuevas y otras semejantes partes y mansiones*

OS HOMBRES (a los cuales las experiencias de las cosas han hecho sabios y gozan el nombre de serlo) entre muchas razones que han hallado para excusar a las primeras gentes del mundo, de la barbaridad que se les puede atribuir, en razón de vivir apartada y solitariamente, sin género de policía, sin leyes, ni casas, ni en congregación social, son: una, que por ventura se comenzó aquella tierra a poblar de nuevo, por alguna poca gente o por algunas particulares personas, que por alguna causa se apartaron de otros y no han tenido lugar ni tiempo de crecer, ni tomar experiencia de las cosas, en aquella región que moran; otra es, por no ser la tierra, para ellos dispuesta; y después de haber entrado en ella o no quisieron o no pudieron juntarse en congregación, por razón de tener intento de volverse a la tierra y partes de donde vinieron, por la incomodidad de su sitio u otra razón motiva que para ello tuvieron. Otra es, que a poco tiempo que comenzaron por allí a poblar iban creciendo y multiplicando en orden desconcertada, y tienen intento de juntarse en congregación llegando a más número de gente. Otra es, por suplir mejor su necesidad, considerado el sitio o porque está cerca de algún río o monte, para mejor conservar la vida humana, con el servicio del agua y leña. Otra, porque es tanta la bondad y fertilidad de la región, que cada una ranchería o casa está segura y proveída de lo necesario, sin que tema que hombres o bestias la puedan perturbar ni damnificar en nada; de manera que no se sigue de necesidad, que porque se hallen gentes solas o acompañadas, juntas o esparcidas y derramadas en montes o llanos o en valles y quebradas, pocas o muchas, en tierras malas o buenas, que por eso sean bárbaras y ajenas de razón; pues las causas motivas que pudieron tener para parecerlo son las referidas; éstas hallamos haber tenido los primeros chichimecas, moradores de esta tierra; y sin ellos sabemos haber principiado todas las naciones del mundo, que porque no sean los indios solos notados de bárbaros, quiero hacer memoria de algunas, porque hallando razones que los excuse, sirvan las mismas de excusarlos a ellos, pues que por razón de ser hijos de un solo padre, en el principio de el mundo, les convienen las mismas razones, así a los unos como a los otros; pues sabemos que en lo que toca el ser natural, todos gozamos de unos mismos principios; y así son causas occidentales las que impiden éste o esotro efecto. Y estos tales que viven vida esparcida y derramada, fácilmente son reducidos a congregación con otros mismos hombres, de esa misma sociedad y compañía, por causas que entonces obliguen o por amor y persuasión del tal que los congrega como lo dice Tulio en el proemio de su *Antigua retórica;* y en la oración 32, que hizo por Publio Sextio, cuyas palabras son: fue cierto tiempo en el cual los hombres vivían por los montes o campos, como bestias, vagueando,

manteniéndose de la comida silvestre como los animales sin razón. No se regían por razón alguna, sino que todos estribaban en las fuerzas corporales; no alcanzaban ningún conocimiento de Dios, ni ejercicio de la religión; y mucho menos la razón de ello. No trataban de legítimos casamientos, ni conocían cuáles de ellos fuesen sus hijos, ni los hijos sabían cuáles eran sus padres. La utilidad de la igualdad del derecho la ignoraban y la de la justicia; por cuya ignorancia y error la codicia ciega y temeraria que señorea al ánimo desenfrenado, usaba mal de todas las cosas, aprovechándose de las fuerzas corporales para todos sus maleficios. En aquel tiempo cierto varón sabio, conociendo la dignidad de la materia que se le ofrecía y la excelencia y virtud de los ánimos de los hombres y cuán dispuestos están para cosas excelentes y grandiosas, comenzó a persuadir con dulces palabras y con la vehemente fuerza de la razón, a forzar a los hombres, que andaban derramados y esparcidos por los montes y campos, para que viviesen juntos, en un cierto y escogido lugar. Y después de juntos y congregados les enseñó poco a poco las cosas necesarias para la vida social, induciéndolos y aficionándolos a las cosas útiles y honestas y desviándolos de las deshonestas y malas. Y aunque algunas de estas gentes (prosigue), luego a los principios, por la envejecida costumbre y acostumbrada libertad, reclamaban y se querían volver a su antigua vida, con todo eso, aplacándolos con las razones que les decía y modo suave y manso de hablar de que usaba, de fieros y crueles que eran los tornó humildes, mansos y blandos; porque de esta manera (concluye Tulio) no es dificultoso traer a los hombres a vida de conmunidad y a lo que la razón dicta y enseña.

Lo mismo dice Plutarco,[1] haciendo mención de aquel tiempo rudo, cuando los hombres vivían esparcidos y derramados y como bestias de el campo y de aquel varón prudente y sabio, que los comenzó a traer y persuadir a ponerse debajo de leyes y dio noticia de haber Dios, que vivía vida perpetua y eterna. Y es aquí de considerar que aquel tiempo, que refiere Tulio haber sido, en el cual los hombres vivían a cada paso por montes y campos, como salvajes y bestias, fue común a todo el linaje humano. Después que las gentes se derramaron y esparcieron por las tierras y se fueron multiplicando (conviene a saber), que ninguna gente ni nación, ni tierra, hubo poblada de ella, que a los principios no viviese y estuviese, por muchos tiempos, esparcida y derramada por montes y campos, sin ley, sin orden y sin industria, viviendo ruda y groseramente sin pueblos, sin casas, sin sementeras o labranzas; comiendo los frutos que de sí misma daba y producía la tierra, como animales rústicos y campestres que entonces eran; aunque por el contrario los conocemos en estos presentes siglos, por muy pulida y concertada república. Y esta rudeza y barbaridad duró tanto cuanto se tardó en nacer o venir a cada nación de otras partes, alguna persona o personas de mejor entendimiento o que cayese, más temprano que las otras, en la cuenta y conocimiento de la utilidad que trae consigo el hacer casas, el ajuntarse a vivir juntos, el tener leyes, obedecer a quien

[1] Plut. lib. 1. cap. 7. de Placitis Philosophi.

los rija, el vivir ordenadamente, usar oficios y ejercitar otras cosas necesarias a la vida. Y porque no parezca que todo se dice en común y que por serlo parezca dudoso, quiero poner el ejercicio de lo dicho en la gente de Italia, donde al presente hay tanta policía, orden y concierto y donde también hay tan ilustres y populosas ciudades y casas de magnífico aparato y donde florecieron las artes y sobre todo la religión supersticiosa; y florece ahora la cierta, cristiana y verdadera.

Cuando vino Saturno a Italia estaban los moradores de la tierra tan bárbaros y brutos, que no se halla gente en el mundo que más lo estuviese; y era esto en tanto grado que tuvieron los poetas a los indianos (al menos así los cantaban) que no eran hijos de hombres, sino que habían nacido de los troncos de los árboles y de duros maderos. Esto afirma Virgilio,[2] en sus *Eneidas*, introduciendo al rey Evandro, rey de Arcadia, que vino a Italia y hablando con Eneas del principio de la poblazón de la tierra de Italia y de la brutalidad de la gente italiana, dice en siete o ocho versos. Evandro, rey que había venido a Italia (y era rey de ella) dijo a Eneas, cuando vino a ella: Estos montes que tú ves, y en que ahora estamos, eran habitados otro tiempo por los faunos y ninfas (que son dioses aldeanos y rústicos) y era la gente de esta tierra hombres nacidos de los troncos de los árboles y de los maderos duros y ásperos. Éstos ni tenían leyes ni costumbres, ni sabían de labranza, ni uncir bueyes, ni ganar ni allegar riquezas, ni guardar lo que ganaban. Su mantenimiento eran ramos de árboles y la ruda caza que cogían. Donde parece que para mostrar Virgilio el principio de la poblazón de Italia, introdujo dioses rústicos y aldeanos y los hombres bestiales; y debajo de estas palabras, significó todo el rudo y brutal estado italiano en aquellos primeros tiempos y puso a los hombres bestiales o insensibles (como hechos de troncos y palos) por razón de la grande ignorancia y simplicidad con que en aquellos tiempos vivían; los cuales, teniendo tan felice tierra, no sabían gozarla, ni aprovecharse de ella, sino que vivían de lo que acaso hallaban por los campos, cerros y montañas. Vivían sin ley y sin costumbres; y así parecía que aquéllos no eran hijos de hombres que tuviesen razón ni entendimiento, sino de árboles; y no sólo de árboles, pero de troncos y muy duros maderos, y esto, para más encarecer su simpleza; por lo cual, en tanto eran duros, que no se podía imprimir en ellos cosa de buen entendimiento, ni razón de la manera que se puede y es fácil de imprimir algo en las cosas blandas y tiernas. Y en esto concuerda el Filósofo,[3] diciendo: que según la blandura de la carne así es en los hombres el bueno o no tal ingenio. Pruébase también su brutalidad por razón que en aquel tiempo no se mantenían sino de comidas ásperas y silvestres, como eran los frutos de los árboles silvestres que acaso estaban por los montes y las carnes de los animales que acaso, y con poco trabajo e industria, mataban sin guisallas, ni cocellas sino crudas o mal asadas. Y esta vida tan áspera no la pudieran sufrir hijos de hombres; y porque aquéllos la sufrían mostraban no ser hijos de hombres racionales, sino nacidos

[2] Virg. lib. 8. Aeneid.
[3] Arist. lib. 2. de Ani.

de duros maderos y troncos. Esta manera de decir tuvieron los poetas y con Virgilio, Ovidio, en el libro primero de sus *Metamorfoseos,* en donde introduce a Deucalión y Pirra su mujer, que de piedras hicieron hombres cuando las echaron hacia atrás, en el Diluvio en que se salvaron; que dejando fábulas quiso decir que los hombres en aquellos tiempos eran de linaje duro, que sufrían la vida bárbara y brutal; y esto refiere Juvenal,[4] en el libro de sus *Sátiras.*

A esta gente italiana que ahora es tan política y entonces era tan silvestre, rústica y bárbara, vino Saturno, hombre sabio y rey de Grecia, no por su voluntad, ni por codicia de buscar mejor tierra, sino echado por fuerza de su reino por su hijo Júpiter; y fue en tiempo que señoreaba en ella, no como rey sino como más honrado y algo más entendido que los demás, uno llamado Jano; y puesto que no tenía tanto juicio e ingenio, que supiese poner en policía a los italianos y dalles leyes y los enseñase en las cosas de granjerías, debía de ser viejo y de buena voluntad y debía de regirlos en algunas cosas livianas y de poca cuenta, como a gente que entre sí tenía pocas barajas por su mucha simplicidad y que viviesen todos en paz; porque como no tenían cosas proprias, tenían quitada la causa de rifar; y como en él viesen algunas bondades más que en los otros, debían de amarlo y reverenciallo y por su mucha edad tenerlo en alguna manera por padre de todos.

Este Jano, de buena voluntad con todos los demás italianos, recibieron a Saturno; y tuvo por bien que ambos fuesen señores según dice Macrobio.[5] Saturno, así bien recibido, comenzó a enseñar a los italianos el uso de la agricultura, como es arar y cavar, sembrar y plantar, ingerir, y toda la demás arte de la labranza y agricultura, para tener la comida del pan y las otras cosas necesarias; y por esto pintan a Saturno con una hoz en la mano. Hízoles que tuviesen tierras y casas proprias, porque tuviesen cuidado de labrarlas y guardarlas sin tomar las ajenas; y porque vivían en cuevas y debajo de árboles, les enseñó a hacer casas y los juntó y congregó en comunidad. Y así hicieron pueblos y en especial dos ciudades o lugares, uno cerca de otro. El uno llamaron Janículo, donde moró Jano y el otro Saturna, donde habitó Saturno, según lo dice Macrobio.[6] Dioles industria de montear los animales y cazar las aves y pescar los peces y cómo guisasen las carnes y comidas; y púsoles leyes no penales, porque no las habían entonces menester, por vivir con mucha simplicidad, sino por vía de doctrina y enseñanza, como es la *Filosofía moral* de Aristóteles y las *Epístolas* de Séneca, que no son ley, sino enseñamiento y doctrina de virtud. Esto dicho, parece por Virgilio.[7]

De esta manera podemos presumir y juzgar de todas las gentes del mundo, y así lo hallamos escrito por muchas historias, que acaeció en nuestra España, en la cual hubo a los principios grande y ruda simplicidad. Tene-

[4] Juven. lib. 1. Satir. 1.
[5] Macrob. lib. 1. Satur.
[6] Macrob. lib. 1. cap. 7. Satur.
[7] Virg. lib. 8. Aeneid.

mos otro ejemplo muy antiguo, el cual refiere Theodonción, autor griego y copioso en las historias antiguas, de un noble varón de Arcadia (parte de la provincia de Acaya Mediterránea, cuyos pueblos fueron antiquísimos, tanto que dijeron los poetas haber sido la gente de ellos nacidos antes que el sol y la luna) el cual se llamaba Lisanías y los poetas le nombraron el primer Júpiter. Éste (dice Theodonción), que como fuese de excelente ingenio y viniese a Athenas y hallase los hombres allí que vivían incultos y como bestias, sin orden, sin leyes, sin policía, sin matrimonio (antes tenían las mujeres comunes) y que vivían vida apartada y sola, sin ayuntamientos de pueblos y sin ninguna política, lo primero que les enseñó y persuadió fue que se congregasen y juntasen en uno y viviesen debajo de una ley que fuese común a todos. Enseñóles a usar de matrimonio natural (como es, que cada uno tuviese su propia mujer); después los introdujo poco a poco en todas buenas costumbres y al cabo dioles doctrina, reglas y modo como sirviesen y honrasen a Dios, o a los dioses, edificándoles e instituyéndoles templos y altares, sacrificios y sacerdotes. Maravillándose de esto los rudos y groseros atenienses y reconociendo ser gran beneficio el que de él habían recibido, honráronlo y tuviéronlo por dios y llamáronlo Júpiter e hiciéronlo rey suyo. Con lo dicho concuerda Tulio,[8] queriendo que éste haya sido el más antiguo de los reyes de Athenas. Quien quisiere ver algo más de esto lea al Tostado,[9] sobre Eusebio, de donde parece que los atenienses (entre los cuales tanto resplandeció la filosofía y ciencias naturales y morales y toda buena doctrina) fueron en sus principios rudísimos y tan bárbaros que fueron tenidos (como otras naciones) por bestias; porque no nacieron más pláticos ni más enseñados que otros; y es este ejemplo harto claro, para comprobación de la materia que vamos tratando.

Lo mismo se halla escrito del rey Radamanto, de Licia y del rey Minos, de Creta, los cuales dieron orden y pusieron en policía y debajo de leyes aquellos reinos, según Aristóteles.[10] Del postrero (y aun de ambos) hablan largamente Platón,[11] y Estrabón,[12] y dejo de traer a la memoria a Licurgo, rey de los lacedemonios, de las leyes que dio y policía que entre ellos puso, de que todos los libros antiguos están llenos y son cosas muy sabidas para los que leen y saben historias y cosas de república, con libros de filosofía, manifiesta y clara, aunque los ejemplos antiguos tanta más autoridad alcanzan entre los sabios cuantos más años hubiere consumido su antigüedad (y para nuestro intento debía bastar y aun sobrar lo dicho), pero para los que no vuelan tan alto, sino que han menester caseros milagros para creer (como es la gente vulgar), quiero traerles otro ejemplo más moderno, que sea fin y remate de todo lo dicho y prueba verdadera de nuestro propósito.

En la historia de Boemia,[13] se lee y hace mención de ello el papa Pío

[8] Tul. lib. 1. de nat. Deor.
[9] Tost. in Euseb. de Temp. 4. p. cap. 90.
[10] Lib. 2. Pol. et lib. 7. cap. 10.
[11] Plat. lib. 7. de Leg. et lib. 24 de Rethor. et lib. 34. Dialog. 12 de Leg.
[12] Strab. lib. 10.
[13] Lib. Hist. Boemorum cap. 3.

en la historia que escribió de la dicha región, donde se cuenta de Cechio Creatino, primero duque o rey de ella, que por cierta ocasión yendo aquella tierra, donde la gente vivía derramada y como brutos, haciendo mansión donde la noche los cogía y en aquel lugar dormían y trayendo en carros toda su casa y todo lo que poseían, cuya comida era bellotas y frutas silvestres de los montes, aunque según el papa Pío, dice se sustentaban de leche de animales y de la caza, que cazaban, andaban las mujeres y los hombres desnudos, con ser (como lo es) la región frigidísima, los indujo y atrajo este duque, llamado Cechio a que se juntasen; y enseñó a arar y cultivar la tierra, sembrar trigo y coger las mieles, cocer y comer pan; y así, de cuasi bestiales y fieros hombres, los trajo a vida política y de razón, los cuales, conociendo el bien y utilidad que de él habían recibido, lo eligieron por su señor, duque o rey.

De estos ejemplos, antiguos y modernos, parece claramente no haber naciones en el mundo, por rudas y bárbaras, groseras y fieras, bravas y brutales que sean, que no puedan ser reducidas a modo político y vida sociable, haciéndose domésticas, mansas y tratables. De todas las referidas y una de las que caben con mucha propiedad en esta historia, es la de los chichimecas, que en sus principios se halla haber vivido (como dejamos dicho) derramados y esparcidos en cuevas y rancherías de piedras y riscos y no en pueblos que tuviesen forma de ciudad y calles, con casas labradas de piedras y otros materiales requisitos; y éstos (como adelante veremos) se redujeron a otras moradas, que hacían forma de pueblos y ciudades, siendo en sus principios muy semejantes a los referidos en este capítulo, así en su desnudez, comida, vida brutal y bárbara.

CAPÍTULO XXIII. *De la venida de los aculhuas y de cómo fueron bien recibidos del gran rey y señor Xolotl*

A LOS CUARENTA Y SIETE AÑOS que ya el gran chichimeca Xolotl tenía tomada posesión de la tierra y era señor universal de ella, así por razón de no haber en ella quien le contradijese, como porque de los que consigo tenía le reconocían por mayor, vinieron de las partes del poniente otros tres señores, con voz y título de reyes, los cuales trajeron consigo un muy crecido y pujante ejército de gente, que todos parecían gigantes por ser crecidos de cuerpo y muy apersonados. Estos tres señores traían por común apellido y nombre: aculhuas; y eran del linaje y sangre de Citin (que fue entre ellos casa muy antigua y noble, como entre los romanos, los Césares, los Pompeyos, Aníbales o Scipiones), y era gente muy valerosa de ánimo y esfuerzo invencible, cuya venida no se sabe qué origen o motivo hubiese tenido. Aunque se puede creer sería el mismo que tuvieron los primeros (es a saber) tener noticia de la buena tierra y la próspera fortuna de que gozaban los chichimecas que la poseían; o sólo movidos del oculto impulso de